

Crítica de Arte

EXPOSICIONES DEL MES

La actividad artística es bastante nutrida.

En la Sala del Ministerio de Educación, en la Sala de la Universidad, en el Instituto Chileno-Norteamericano, en la Sala *Le Caveau* de la *Librairie Française*, en el Palacio la Alhambra, en la Sala del Pacífico y en la Sala del Banco de Chile se han celebrado diversas exposiciones.

Las más importantes han sido, la de los maestros antiguos chilenos, *Desde Mandiola hasta los discípulos de Alvarez de Sotomayor*, la de paisajes de Agustín Abarca y la del pintor rumano Andrei Racz.

He señalado en otra parte que la exposición de pintores chilenos antiguos no está completa. Faltan etapas decisivas especialmente las señaladas por Manuel Antonio Caro, Pedro León Carmona, Alberto Orrego Luco, José Tomás Errázuriz, Nicanor González Méndez y José Manuel Rosales.

Se exhiben cuadros de Magallanes Moure, Samuel A. Lillo, Juan Mochi, Rafael Valdés, Arturo Gordon, A. Casanova Zenteno, Juan Francisco González, Onofre Jarpa, Plaza Ferrand, Alfredo Valenzuela Puelma, Alberto Valenzuela Llanos, Agustín Araya, Pedro Lira, Joaquín Fabres, Ernesto Molina, Pascual Ortega, Eucarpio Espinosa, Federico Miralles, Cosme San Mar-

tín, Manuel Thompson, Julio Fossa Calderón y Francisco Mandiola.

El valor de las telas que representan a estos maestros es muy desigual y, en muchos de los casos, no dan la idea justa del pintor. Ni Onofre Jarpa, ni Plaza Ferrand, ni Valenzuela Puelma, ni Mandiola, ni Gordon, ni Pascual Ortega, muestran su verdadero rostro artístico. Mandiola figura con una sola obra, un retrato de dos niños, de su primera época, excesivamente lacrimógeno y sentimentaloides. Las telas de Gordon exhiben un empaste monocorde y duro. El paisaje de Onofre Jarpa pertenece a su época de transición entre el romanticismo y la pintura luminosa. Se advierten en esta obra dudas y crudezas de tonos que serían resueltas diestramente en el impresionismo final. Valenzuela Puelma nos ofrece un retrato muy objetivo, pero insuficiente para captar la amplitud de su estilo y de su inquietud creadora llevada generalmente a obras de gran aliento plástico. El retrato de Pascual Ortega es mediocre.

De la gran generación chilena del novecientos vemos tres maestros bien representados: Pedro Lira, Valenzuela Llanos y Juan Francisco González aparecen en todo su valor. El primero con tres obras: *Retrato de doña Mercedes Herbosa de Echaurren*, *Retrato de dama* y *La dama del manto*. El primero refleja lo anímico y arrastra aún ciertos resabios romántico-realistas provenientes del influjo de Monvoisin. Se nota la envoltura neblinosa en los volúmenes y tendencia a lo bituminoso, destacándose las manchas claras del rostro y de las manos. El segundo retrato se inclina hacia la norma realista-objetiva y tiene poco contenido interior. *La dama del manto* inicia la etapa «esencialmente plástica» en la cual hay liberación de lo temático yendo a la pintura autonómica como forma, dibujo, color y composición.

Está representado Alberto Valenzuela Llanos con tres paisajes. El primero es una visión urbana de tonalidad gris muy fina y transparente, con tendencia objetiva. Los otros dos, muy posteriores, revelan el paso del estilo táctil y apretado, ajeno

a la expresividad lírica, a una pintura subjetiva en la cual las formas se diluyen en la forma acentuándose la busca de la sensibilidad.

El conjunto más numeroso es el de Juan Francisco González. *Rosas*, de la primera época, tonos bituminosos, estilo fugado. Más luminoso es *Rosas* (col. Aravena). En *Lirios* el pincel dibuja los volúmenes. *Naturaleza muerta* tiene unas notas rojas en armónico acorde. La mancha es briosa, vibrante y deja ver el movimiento circular de la pincelada en una caligrafía nerviosa. *Niño está mal* modelado. *Puerta colorada*, confusa y sucia. *Rerato de dama*, por el contrario, tiene una bella tonalidad dorada general.

Debemos citar finalmente *Mujeres lavando* de Federico Miralles, obra de tendencia neoprimitiva ingenua y de cromatismo abstracto. El *Retrato de doña Javiera Carrera* es tela de fino modelado. Muestra, además, un juego hábil de grises y una tonalidad negra transparente y profunda en los paños del busto.

La gran revelación para la crítica y público ha sido la exposición de Agustín Abarca.

Su estilo se acerca al romanticismo simbólico de principios de siglo, sin olvidar, por ello la persecución, los elementos esencialmente plásticos. Pero un análisis más completo y minucioso de la obra de este artista será realizado en la próxima crónica.

Andrei Racz es un pintor que persigue en sus telas la aplicación del expresionismo a un contenido místico y espiritual.

Las formas se descoyuntan con violencia para dar en la trastocación de la morfología una fuerte descarga emocional. El sentimiento místico no está narrado, sino expresado plástica-

mente. Con el colorido ardiente y fugado, barroco, Racz logra idénticos resultados. Los rojos, los violetas, los azules, los amarillos y los verdes puros, constituyen armonías de una gran audacia y de un vigoroso juego expresivo.

Exequiel Fontecilla expuso sus acuarelas traídas de España. La claridad del paisaje hispano, castellano mejor, está perfectamente captado. El pintor llega a una extremada sencillez por la objetividad naturalista apoyada en la concurrencia armónica de sensaciones anímicas, en la sensibilidad visual y en la captación sutil y plástica del ambiente.

Los paisajes de Pacheco Altamirano mostraron una posición dual. Por un lado vigor expresivo en el modo de manchar, fuerza, aliento vital. Por el otro, desequilibrio producido por la búsqueda de lo inmediato y superficial, desprecio y elusión del contenido plástico, torpeza en el dibujo de lo denso y recortado, desdén por la espiritualización subjetiva del color.

Expuso también José Venturelli, cuyas obras más valiosas se perdían en la persecución ahincada de un elemento beligerante y político. Su serie de dibujos sobre planchas de yeso eran finos y de un arabesco delicado, sutil y sensible. El color aparecía malogrado.

Jorge Caballero ha simplificado y purificado su color. Pero su obra, como la de Pacheco Altamirano, carece de vibración interior. Es agradable y grata a veces, pero no profunda. Sugiere poco y parece destinada a complacer a espíritus poco exigentes.

ANTONIO R. ROMERA.